

la ciencia. Por otro lado, habiéndose revelado claramente insuficiente el formalismo duro o estricto para el estudio filosófico de una ciencia tan desarrollada y modélica como la física que no ocurrirá respecto a las demás ciencias empíricas, en las que sus argumentos semánticos y pragmáticos, sus aplicaciones, son básicos. Por no hablar de la filosofía de la ciencia misma, sobre la que en definitiva trata el libro de Rivadulla. Si lo que se pretende es reconstruir y explicar el conocimiento científico y/o la reflexión filosófica sobre el mismo, no se pueden desechar alegremente los aspectos psicológicos, socio-económicos y tecnológicos de las actividades que los generan. Ni mucho menos hacerlo construyendo un tercer reino, o mundo eidético, en el que refugiarse para discutir asépticamente sobre la verosimilitud y el progreso lineal de las teorías. No es nueva la tendencia idealista del formalismo.

Por último, el valiente reconocimiento popperiano de la existencia de unos principios éticos subyacentes a todo discurso racional y la vinculación que con ellos ve Rivadulla en los rasgos del racionalismo crítico y del realismo que él mismo defiende (p. 318-9), puede ser interpretado como una propuesta del valor deontológico de la filosofía de la ciencia. Pero la radicalidad que actualmente se ha de introducir en esta propuesta, la obliga a afectar a la propia filosofía de la ciencia: tanto por el valor teórico de la razón práctica, cuanto porque hoy en día es absolutamente imprescindible una justificación pragmática, o mejor práctico-ética, del fin, necesidad, aplicaciones posibles, valor/peligro social, etc de las diversas actividades científicas, la explicación y justificación del conocimiento científico no puede ser sólo lógico-formal, ni meramente sociológica. El quehacer actual del filósofo (supuesto amante de la sabiduría) respecto de la ciencia lo es con todo lo que ella implica y no sólo con un reducido aspecto, falsamente aséptico. De ahí la necesidad e importancia de asumir el compromiso aireado por Feyerabend: «Podemos hacer que la ciencia pase de ser una matrona inflexible y exigente, a ser una atractiva y condescendiente cortesana que intente anticiparse a cada deseo de su amante».

Fernando GARCIA SELGAS

ROUGIER, L., *Del paraíso a la utopía*. Trad. de Oscar Barahona y Uxoá Doyhamboure, F.C.E. México, 1984. 328p.

Del paraíso a la utopía es un interesante estudio del proceso socio-histórico que ha llevado al hombre a transformar sus ideales religiosos en ideales utópicos. La relación que establece entre religión y utopía le permite llevar a cabo un análisis de otros muchos temas de interés huma-

no: origen de las religiones; posterioridad del culto y la moral respecto a las creencias consoladoras; la religión como factor de conformismo social y de inmovilismo político; la ortodoxia, el dogmatismo religioso y su violencia obligada, como causas explicativas de la decadencia del cristianismo en Occidente; la transformación del pensamiento cristiano en los ideales renacentistas y, sobre todo, ilustrados, del hombre que confía en su razón y en su capacidad para conocer el mundo que le rodea y cuyas leyes son inteligibles.

El Renacimiento, la Reforma, la Ciencia Moderna han potenciado las condiciones que posibilitan el mejoramiento de las formas de vida. La religión, surgida para colmar las insatisfacciones que la rudeza de la vida provocara en el hombre, dejará paso a la utopía como ideal ya no realizable en un Más Allá, en otra vida, sino como exigencia de realizabilidad. Frente a la miseria humana se presentan alternativas que oponen a la desigualdad socio-económico-política el reparto justo de las riquezas, los honores y poderes. Al hombre parcial, alienado por un trabajo mecánico y fragmentario sucederá, si la utopía social llega a realizarse, un hombre íntegro que trabajará como quiera y cuando quiera. El hombre tiene derecho a la felicidad y tiene ese derecho, aquí en la tierra. La perfectibilidad del hombre y la creencia en el progreso ininterrumpido de la humanidad, los ideales utópicos y la confianza en una sociedad universal de las naciones son productos típicos del siglo XVIII, de la Ilustración. Todos los hombres somos iguales, por tanto todos tenemos el mismo derecho a realizar nuestros ideales.

Estas creencias han hecho confiar al hombre, según el autor, en un sueño imposible. Tras el espíritu utópico y sus fallidos intentos de realización, el hombre ha tomado conciencia de que el porvenir que le espera no es tan halagüeño como a sí mismo se las prometía. El hombre actual ya no cree ciegamente en el progreso, su preocupación ya no es esa consecución de la felicidad universal e igualitaria; la carrera armamentística, la violencia desencadenada por los ideales utópicos, la carencia de recursos primarios en su hábitat, la contaminación de la biosfera, son ahora sus problemas. Al hombre racional sucede el hombre técnico y la preocupación ética.

De este modo pasa Rougier del análisis de la utopía como sustituto de la religión al de la condición actual del hombre, al de sus problemas concretos. Plantea los casos de países como la U.R.S.S., Camboya y China, que en su intención de llegar a alcanzar sus ideales utópicos no han llegado sino a la concentración del poder en manos de unos pocos, la ausencia de libertad, la opresión y la violencia.

Recientemente traducida al español, esta obra junto con otras del mismo autor¹, se inscribe en el marco de las corrientes neoliberales que

¹ *La mystique soviétique, Les mystiques politiques contemporaines et leurs incidences internationales, Les mystiques économiques, Comment l'on passe des démocraties libérales aux Etats totalitaires.*

creen en la posibilidad de una planificación social basada en la competencia. Frente a la ingeniería utópica, criticada tanto por la violencia que necesariamente desencadena todo intento de llevar a la práctica un modelo de sociedad ideal que no a todos conviene, como por postular una igualdad en contra de la cual parecen estar ciencias como la biología, la genética, la psicología y la etología, y contrario igualmente a un no-intervencionismo, a un dejar que el curso histórico se desarrolle por sí mismo, Rougier propone como solución a los males de nuestra imperfecta sociedad un modelo social de libre circulación de las élites, entendiendo por élite aquellas personas que poseen en un grado notable determinadas cualidades o capacidades. El punto de partida debería ser una igualdad de principio en las condiciones socio-económicas. La diferencia en las aptitudes naturales de los individuos haría que los más capacitados ocuparan las posiciones de poder (Cfr. p. 47, 60, 235). Puesto que no puede dejar de haber gobernantes y gobernados (como queda demostrado por la interminable Dictadura del Proletariado en el caso de la U.R.S.S. y otros semejantes), merced a este modelo social no habrá sino ventajas tanto para el hombre individualmente considerado, puesto que cada uno hará aquello para lo que verdaderamente esté capacitado, como para la sociedad en su conjunto. Esta funcionará mejor cuando los más capacitados sean los que gobiernen. «Una sociedad que proscribiera el elitismo, desembocaría muy pronto en el estancamiento, más tarde en la decadencia» (p. 235).

La sociedad capitalista, que permite la lucha competitiva abierta frente al marxismo, «iglesia utópica de los ateos», la confianza en la ciencia y la técnica, en el progreso humano bien utilizado, es el mensaje que alentará mucho más certeramente al hombre que la utopía.

Creemos que el punto de vista adoptado, de corte neoliberal, hace que el autor se decante a favor de un concepto de utopía que no puede ver a ésta sino por sus consecuencias negativas. Para él «la utopía consiste en tratar de establecer a costa de una revolución violenta que haga tabla rasa del pasado, una sociedad rigurosamente igualitaria, sin clase dominante ni clase dominada» (p. 12). Sin embargo y dado que valoración y definición de utopía van siempre parejas, podría darse una definición y una valoración positiva de la utopía atendiendo a su carácter intencional, a su valor crítico de la sociedad existente. Lo que motiva la utopía no es, en la mayor parte de los casos, su realizabilidad, sino más bien el deseo de cuestionar la sociedad de la época y proponer reformas. Gracias al pensamiento utópico se pueden crear las condiciones para la reforma social. Desde este punto de vista toda crítica a la sociedad es en sí misma utópica, primero porque se niega a aceptar lo que existe como existe, segundo porque introduce en el mundo valores ideales, aun cuando piense con escepticismo acerca de sus posibilidades de realización. Desde estas bases el propio modelo social del autor se revela como utópico.

Pese al partidismo del autor, cosa obligada en todo tratamiento

histórico-político-social, —marco en el que necesariamente debe moverse la utopía—, los análisis concretos de la U.R.S.S., Camboya y China, el estudio sobre el origen de las religiones, la utopía como sustituto de la religión que responde a la misma necesidad de conferir una justificación a la existencia, «un final feliz a la aventura humana», el análisis de la condición actual del hombre y sus problemas, su visión acerca del destino de la Humanidad y del porvenir y la relación inversamente proporcional que establece entre conocimiento y fe, hacen del libro un ensayo verdaderamente interesante y digno de ser leído.

María Rosario GONZALEZ RODERO